

UN VOLUNTARIO DE MADRID

LOURDES FRANCO

Instituto de Investigaciones Filológicas

Los avatares de la vida familiar de Alfonso Reyes lo convirtieron tempranamente en un exiliado. La sombra de su padre viajó con él en un largo periplo que lo condujo, sin embargo, por inusitadas vías que enriquecieron su visión de mundo permitiéndole establecer contacto con los mayores representantes de la intelectualidad europea y sudamericana y al mismo tiempo convertirse, a distancia, en una de las figuras emblemáticas de la cultura mexicana. Su cuantiosa correspondencia muestra claramente la importancia que los contactos de Reyes, sus opiniones, y su participación en órganos de divulgación periódica y revistas literarias nacionales y extranjeras tuvo para el desarrollo de la cultura y la política del país, así como también para delinear la imagen de México fuera de nuestras fronteras.

La tragedia de Alfonso Reyes comenzó cuando su padre, el general Bernardo Reyes, se opuso, en 1911, a las aspiraciones presidenciales de Francisco I. Madero, quien había lanzado su candidatura a la dirigencia del país; una vez perdidas las posibilidades de asumir él mismo las riendas de la República, se levantó en armas y perdió la vida frente a las puertas de Palacio Nacional durante los hechos sangrientos conocidos como La Decena Trágica.¹

¹ Sobre la biografía de Alfonso Reyes *vid.* Javier Garciadiego: "Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario", en: *Escritores en la diplomacia mexicana*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, pp. 191-223.

Para Alfonso Reyes, al dolor por la muerte del padre hubo de sumarse el remordimiento que siempre lo acompañó por no haber podido convencerlo de abandonar la lucha antimaderista. Una carta escrita para Martín Luis Guzmán y nunca enviada a su destinatario, da cuenta del proceso en el cual a través del autor de *El águila y la serpiente*, el entonces ministro Alberto J. Pani envió al joven Reyes un mensaje en el cual le pedía que convenciera a su padre de abandonar la lucha opositora a cambio de su libertad.² El fracaso del hijo fue contundente, y la familia entera habría de sufrir las consecuencias de tal empecinamiento. El poema “† 9 de febrero de 1913” es el testimonio más entrañable de la simbiosis que a partir de esa fatídica fecha establecería para siempre Alfonso Reyes con la figura del padre; simbiosis que habría de ocasionarle todo tipo de contratiempos, desde los puramente físicos (constantes dolores de cabeza) hasta los políticos. Su obra literaria y su actuación profesional en el ámbito cultural y diplomático estuvo signada también por este hecho que lo marcaría de manera indeleble para el resto de su vida. Los dos tercetos de ese dramático e impecable soneto son más que elocuentes:

Desde entonces mi noche tiene voces,
Huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

Es porque en mí te llevo en mí te salvo,
Y me hago adelantar como a empujones,
En el afán de poseerte tanto.

En julio de 1913 Alfonso se tituló de abogado y obtuvo un nombramiento de segundo secretario en la legación mexicana en Francia; todo esto bajo el gobierno de Victoriano Huerta. La carta a Martín Luis Guzmán aludida líneas arriba

² Véase Guzmán / Reyes, *Medias palabras (Correspondencia 1913-1959)*. Edición, prólogo (epistolar), notas y apéndice documental: Fernando Curiel. México, UNAM, 1991 (Nueva Biblioteca Mexicana, 104).

muestra con claridad el resentimiento de Alfonso Reyes para con sus compañeros de generación que, comprometidos con la lucha revolucionaria, vieron siempre mal los antecedentes políticos de la familia Reyes. En París estuvo cerca de quien fuera su maestro en la Escuela Nacional Preparatoria: Amado Nervo, y tuvo contacto también con los pintores Diego Rivera y Ángel Zárraga.

Al triunfo de Venustiano Carranza, Reyes fue cesado del cargo; por otro lado, el estado de cosas generado por la primera guerra mundial le impidió colocarse en alguna editorial francesa, situación que lo obligó a emigrar a tierras españolas en busca de cobijo y sustento para él, su esposa y su pequeño hijo. Entró a España por el norte, por San Sebastián, en compañía de otros diplomáticos latinoamericanos que abandonaron también el territorio francés a principios del mes de septiembre de 1914.³

Reyes efectúa una paciente y sistemática labor de conocimiento de la tierra española, de norte a sur somete al nuevo territorio al escrutinio de su poderosa mente analítica y de su no menos honda sensibilidad, de tal manera que se le va descubriendo pausada, pero firmemente. Con todos sus sentidos y su preclara inteligencia Alfonso Reyes va absorbiendo la esencia de un pueblo que habría de responder con generosidad a su entrega. La prensa diaria, tanto en México como en España, recoge puntual el testimonio de este observador sensible que hurga en su entraña tratando de aprehender su más íntimo discurso, de conocer los vaivenes de su pensamiento y desentrañar las razones de su rebeldía. Su intelecto mira más allá de los hechos, se esfuerza por penetrar en el fondo de las motivaciones: “Desde el año 98 el alma española se sacude; está, si vale decirlo, aleteando

³ “Cuando yo vine a España (entré por el norte, como lo hacen los invasores), me dijeron: ‘Sí, el norte es fuerte y es rico. Por lo mismo sus inquietudes sociales no están todavía en el corazón de España. Cuando las inquietudes cundan al sur, cuando sepa usted que Andalucía reclama, échese a temblar”. Alfonso Reyes, “Desde España”, *Obras completas*, vol. III, p. 338.

para que le crezcan nuevas alas”.⁴ Frases como la anterior demuestran a las claras que el oficio del periodista que vive malamente de su pluma no se contenta sólo con ejercitar su capacidad analítica, en sus textos entra en juego esa aptitud indispensable a todo buen historiador que él mismo define: “Dato comprobado, interpretación comprensiva y buena forma artística son los tres puntos que cierran ‘el triángulo de las fuerzas’ y ninguno debe faltar”.⁵

Además de las cartas, uno de los documentos más importantes para marcar el pulso de la estadía de Alfonso Reyes en España es el libro *Las vísperas de España* que reúne *Cartones de Madrid*, “El ventanillo de Toledo”, “Hora de Burgos”, “La Saeta” y “Tiempo de Madrid”.

Una metáfora empleada por el escritor mexicano explica perfectamente cuál era su sentir con respecto al ambiente que lo rodeaba en la villa y corte. Compara la situación que vive con la luna que, sistemáticamente, oculta la mitad de su rostro a la mirada inquisitiva de los terrícolas que la observan. Así como la luna entapuja la mitad de sí misma, de la misma manera la sociedad española que rodea a Alfonso Reyes se esconde tras un “realismo prudente” que obliga al autor de *El plano oblicuo* a confesar que para andar “entre cautos” es necesario “girar en derredor de ellos con todo el recato de la luna”.⁶ Para Reyes, la sociedad madrileña, desoyendo rotundamente las enseñanzas de Erasmo, “no quiso recibir la comunión de la locura”.⁷ Parece, a los ojos del mexicano, que la capital española es timorata y se niega a sí misma el derecho a la temeridad.

Existen ciertas figuras canónicas a las que Reyes se acerca en su periplo inicial por la cultura de España: Francisco

⁴ *Ibidem*, p. 340.

⁵ Alfonso Reyes, “Mi idea de la Historia”. Para el Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos. Monterrey, septiembre de 1949, en *Plural*, 105, junio de 1980, pp. 19-26.

⁶ Véase Alfonso Reyes, *Las vísperas de España. Obras completas*, vol. II, México, FCE, 1956, *loc. cit.*, p. 68.

⁷ *Ibid.*

Giner de los Ríos, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, Ramón del Valle-Inclán, que esgrime la fuerza de una manga vacía que se impone, sin embargo, sobre todo el conjunto. En general, los hombres del 98: “pléyade improvisada y callejera, hija de su propia desesperación”⁸ es a quienes primero se acerca en busca de una convalidación de propósitos e intereses.

Finalmente, Reyes comenzó a hacer amigos; Eugenio Dors, Américo Castro, Antonio Solalinde y José Moreno Villa compartieron con él un pequeño espacio lleno de magia que miraba al Tajo desde los imponentes ojos de la ciudad amurallada. “El Ventanillo de Toledo”, amparo y lugar de esparcimiento cuando se podía huir de Madrid para refugiarse al cobijo de la imponente catedral medieval que guarda los rostros arrobados de los doce apóstoles pintados por El Greco.

Poco a poco Reyes aguza los sentidos, comienza a percibir los pulsos ocultos que animan la vida española; a propósito de la catedral de Burgos, describe cómo ésta se mimetiza ante la mirada del turista lego y se esconde, ruborosa, como un caracol en su concha, para no dejar ver sino los rasgos externos de su complejidad mítica. Pero él ya no es un extraño, la catedral se le ofrece como una doncella que se muestra sin ambages a los ojos de su enamorado que la oye “retumbar en la noche con profundidad y confianza”.⁹

Desde su estancia en París, Alfonso Reyes se había acercado a los temas relacionados con la cultura española. En la *Revue Hispanique* publica una serie de estudios sobre Góngora; en 1927 los recopilaría bajo el título de *Cuestiones gongorinas*.

Los primeros tiempos estuvieron marcados por la penuria económica y la diversidad de empleos, los bienes de la familia habían sido incautados. Tuvo que hacer de su pluma un ejercicio exhaustivo que le proporcionaba, apenas, los recursos indispensables para vivir en una mala pensión. El cambio de fortuna llegó a partir de la relación de amistad

⁸ *Ibidem*, pp. 89-90.

⁹ *Ibidem*, p. 101.

que entabló con uno de los críticos literarios más importantes del medio cultural madrileño: Enrique Díez-Canedo. También su relación con José Moreno Villa y con Justo Gómez Ocerín en el Ateneo de Madrid contribuyó para abrirle las puertas del medio literario y periodístico madrileño. Gracias a Díez-Canedo conoció a Ortega y Gasset, quien lo invitó a colaborar en el semanario *España* y en el periódico *El Sol*, en el que Reyes se encargó de una columna semanal sobre geografía e historia. También Díez-Canedo lo puso en contacto con Ocebal, dueño de la editorial "La Lectura"; es aquí donde conoció a Juan Ramón Jiménez, que a su vez lo acercó a Saturnino Calleja, el conocido editor. A Enrique Díez-Canedo, precisamente, es a quien se debe el mayor conocimiento y divulgación de la obra de escritores latinoamericanos en general y mexicanos en particular, en los periódicos y revistas de la capital española en las décadas de los años veinte y treinta. Las frecuentes visitas de Alfonso Reyes a la Biblioteca Nacional de Madrid, ubicada en el famoso Paseo de Recoletos, muy cerca del legendario café Gijón, lo puso en contacto con Ramón Menéndez Pidal, quien lo invitó a colaborar con él en el departamento de filología del Centro de Estudios Históricos. Sin embargo, su participación al lado del ilustre investigador no fue del todo buena para Reyes, pues se vio constreñido a realizar un trabajo oscuro que ni siquiera le fue debidamente reconocido, pues se le escatimaron los créditos correspondientes.

El panorama cultural español vivía procesos de inestabilidad y controversia semejantes a los de México. Las rencillas entre los diversos grupos, los problemas internos que aquejaban a los diarios, semanarios y revistas impedían el buen desarrollo de la labor cultural tanto nacional como extranjera que se daba cita en la capital española.

Las cartas de Alfonso Reyes son un termómetro fiel de los pulsos internos que condicionaban el devenir cultural peninsular en aquellos años.

Uno de los órganos más importantes de difusión de la cultura era el semanario *España*, en el que lo había introducido

Ortega y Gasset, que fue, “a decir de Reyes”, secuestrado materialmente entre pullas y enconos avivados por su director: Luis Araquistain, a quien finalmente el dueño del semanario despidió a causa de sus malos manejos administrativos.¹⁰

Los proyectos editoriales de connacionales de Reyes tampoco fueron muy afortunados en ese tiempo. Alfonso narra puntual a Guzmán el proyecto de Luis G. Urbina, que consistió en la fundación de la revista *Cervantes* que dirigía el poeta modernista en compañía del español Francisco Villaespesa y el escritor y filósofo argentino José Ingenieros. A Reyes, Villaespesa le merece el nada honroso calificativo de “pestilente poeta” y no mejores atributos le adjudica a un redactor mexicano de la revista, Francisco Orozco Muñoz, a quien define duramente como: “solemnidad azteca, tarasca, otomí, mixteca, totonaca y todo el cebo negro cerebral del mundo”.¹¹ Orozco Muñoz era miembro del Servicio Diplomático, autor de cuentos, artículos y poemas, además de colaborador, años más tarde, de revistas importantes como *La Falange*, *México Moderno* y *El Hijo Pródigo*. Octavio G. Barreda, editor de la última revista citada, en la revisión que hace de las revistas literarias que salieron de sus manos en una conferencia en la sala Ponce del Palacio de las Bellas Artes, clasifica a Orozco Muñoz como escritor perteneciente al grupo de los “franco-tiradores”.

La carta a la que hemos hecho alusión arroja luz sobre el estado de ánimo que aqueja al incansable trabajador que pretendía, a toda costa, abrirse paso en medio de los tormentosos cielos que cubrían tanto a España como a México. Termina Reyes así esta misiva a su antiguo compañero de infortunios y bohemia: “Desde que usted y Acevedo se fueron (él está más distante que usted) no hablo mal de nadie con nadie: estoy que reviento. ‘Dos buenos callos me han salido: uno en la lengua y otro en los oídos’. Adiós, que esto va largo. Recuerdos”.¹²

¹⁰ Véase *Medias palabras (Correspondencia 1913-1959)*, pp. 96-98.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Idem.*

A Reyes le aquejan males por duplicado. Empeñado en abrirse paso en el medio cultural español no puede menos que efectuar constantes ejercicios de comparación con sus compatriotas, a quienes ve ciertamente disminuidos frente a sus propios titánicos esfuerzos de superación y a los que no deja de juzgar siempre en relación con esta dicotomía política en la que él ocupa, en solitario, uno de los extremos, el más triste, porque representa al bando perdedor tildado de conservadurismo a ultranza.

Uno de los receptores clave del sentir de Reyes en su largo exilio es Genaro Estrada.¹³ El intercambio epistolar entre ambos personajes da comienzo en 1916, cuando Reyes llevaba ya dos años viviendo en Madrid. Es en este año cuando Estrada publica su antología *Poetas nuevos de México*, fruto del interés que el autor de la famosa doctrina que lleva su nombre demostró siempre por los fenómenos culturales que tenían lugar en el país. Tanto Reyes como Estrada constituyeron sendos asideros para los jóvenes de distintas generaciones que encontraron en ellos la orientación, apoyo y subvención necesarios al cumplimiento de sus proyectos editoriales y periodísticos.

En 1917 Alfonso Reyes da cuenta a Genaro Estrada de la vastedad de su labor como escritor y editor de textos: *Visión de Anáhuac; El Suicida; Ortodoxia* de Chesterton; *Arcipreste de Hita; Fray Servando; El derecho internacional del porvenir* (traducción); *El peregrino en su patria* de Lope de Vega; *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen* de Juan Ruiz de Alarcón; *Páginas escogidas* de Francisco de Quevedo y *Cartones de Madrid*; además le confiesa a Estrada que él es “ese ‘Fósforo’ de los periódicos madrileños que ‘inventó’ y puso a la moda la crítica de cine”.¹⁴ Esta nutrida correspondencia entre los dos hombres de letras da cuenta cabal de los esfuerzos de Alfonso Reyes para abrirse paso en el mundo cultural español. Mucho tuvo que escribir, mucho que trabajar, con los necesarios alti-

¹³ Véase Serge I. Zaitzeff, *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada* (3 vols), México, El Colegio Nacional, 1992.

¹⁴ *Ibidem*, vol. I, p. 31.

bajos que un quehacer apresurado conlleva, todo con tal de que le dejara pasar “el monstruo de la puerta”, como llama al medio intelectual español: “Me era preciso desarrollar una actividad ruidosa y tormentosa —buena o mala, que eso no cuenta, porque no es más que el mal bocado que se le da al monstruo de la puerta para que nos deje pasar—.”¹⁵

En agosto de ese año de 1917, en el que Reyes estrenaría, con una sección semanal de Historia y Geografía, las páginas de un nuevo periódico madrileño: *El Sol*, escribe a su amigo Martín Luis Guzmán una ácida carta en la que recuerda sus principios en esa ciudad de villa y corte: “usted me encontró en Madrid lleno de defectos: pero seamos justos, ¿tiene usted idea de lo que es mi destronamiento, de lo que ha sido para mí la pobreza?, ¿ha habido, en la vida, muchos que hayan probado lo que yo he tenido que probar?”¹⁶

Esos primeros tiempos de Alfonso Reyes en Madrid estuvieron signados por la penuria económica, ciertamente, pero también tocados por un espíritu bohemio que dejó en él una cauda de recuerdos entrañables que comparte con Genaro Estrada y con Martín Luis Guzmán. Se trata de su estadía en la modesta casa ubicada en Torrijos 42, duplicado, segundo patio, tercera escalera, cuarto interior del quinto piso, donde la diversión a la que se entregaban Reyes, Martín Luis Guzmán y Jesús T. Acevedo, en virtud de carecer de medios para sacar a pasear a sus respectivas familias, era la de representar, a manera de charada, los cuadros más famosos del Museo del Prado, como el retrato del Conde Duque de Olivares de Velázquez, para el cual, don Jesús representó al caballo, Reyes a la figura del Conde Duque y Guzmán el fondo del paisaje.¹⁷

Francisco A. de Icaza, Amado Nervo, Luis G. Urbina y María Enriqueta comparten también en Madrid espacios con Alfonso Reyes; en la correspondencia con Estrada el autor de *Ifigenia cruel* comenta, en 1917, la precaria situación económica de la poetisa mexicana en la capital española en

¹⁵ *Ibidem*, p. 44.

¹⁶ Véase *Medias palabras*, p. 105.

¹⁷ Véase *ibidem*, p. 116 y *Con leal franqueza*, vol. 1, ed. cit., p. 48.

la que vivía en compañía de su esposo, el historiador Carlos Pereira. Diego Rivera se había embarcado en tierra española en el negocio azucarero, Amado Nervo publicaba por entonces *Elevación. El diamante de la inquietud* y *Una mentira* aparecen publicados en “La Novela Corta” de Madrid. Luis G. Urbina da a conocer también en las prensas madrileñas: *La vida literaria de México*.

En 1919, Pedro Henríquez Ureña, el amigo entrañable de Alfonso Reyes, pasaría un año en su compañía; pero no todas las presencias mexicanas le eran agradables al joven exiliado, muy mal se expresa de Antonio Mediz Bolio y también de Manuel Caballero, con quien los ateneístas tenían una vieja rencilla a causa de su fallido proyecto de revivir la *Revista Azul* de Manuel Gutiérrez Nájera.¹⁸

En 1920, tras la muerte de Venustiano Carranza, José Vasconcelos convence al presidente interino Adolfo de la Huerta para que reasigne a Alfonso Reyes al cuerpo diplomático en Madrid y con la misma categoría que había tenido en Francia.

Al asumir la presidencia Álvaro Obregón dos de los amigos de Reyes tuvieron posiciones privilegiadas: José Vasconcelos y Genaro Estrada, esto fue, sin duda, benéfico para quien ya en ese entonces se había labrado un sitio más que decoroso en el ámbito cultural español. Su permanencia en el servicio diplomático redituó a México indudables beneficios. El régimen obregonista tuvo, entre sus prioridades,

¹⁸ Entre los muchos comentarios negativos que le merece la actuación de Mediz Bolio en España reproducimos un fragmento de una carta dirigida a Genaro Estrada en julio de 1920: “El buen Mediz Bolio se ha arreglado para que González Blanco les saque la firma a algunos escritores de España, y resulta que todos piden, a una, que por Dios no se lo lleven de aquí, que hace mucha falta y que es un gran poeta. La cosa tiene gracia. ¡Ya supondrá usted cómo se hacen estas cosas Genaro mío! Yo lo celebro, porque es buen hombre, pero lo cursi y los exhibicionista ¿quién se lo quita? ¿Quién me quita a mí las penas que paso oyéndolo hablar de la divina lengua de Cervantes y de la Madre Patria en las casas de juego que se llaman Liceo de América, Círculo de Bellas Artes, etc.?” *Con leal franqueza*, p. 112.

el reparto agrario, lo que tocó sensiblemente ciertos intereses españoles en tierra azteca. Las relaciones con España se volvieron ríspidas, los gobiernos revolucionarios habían ido creando una brecha incómoda entre los dos países además de que las prioridades españolas estaban con Europa y el norte de África; en América, sus contactos más sólidos eran con Cuba, Puerto Rico, Argentina y los Estados Unidos de Norteamérica. Las relaciones con México llegaron a estar, según expresión misma de Reyes, “prendidas con alfileres”, y fue justamente su gestión, a través de la embajada, de gran ayuda en este sentido. En conclusión, la actuación de Alfonso Reyes en tierra española fue vital en dos sentidos: por una parte, contribuyó de manera indiscutible a establecer y consolidar lazos culturales entre los países de habla hispana; por otro, logró la estabilidad política indispensable entre España y México.

Desde su fundación en 1917, Alfonso Reyes fue colaborador asiduo del diario *El Sol*. En la ya mencionada carta a Genaro Estrada del 30 de noviembre de ese año le informa a su jefe y amigo que: “*El Sol*, diario nuevo que aparecerá mañana, tendrá todos los días una octava plana dedicada a cosas intelectuales, turnándose para cada día de la semana los asuntos pedagógicos, la agricultura, las ciencias biológicas etc., etc. Yo haré, los jueves, una página de cuestiones históricas”.¹⁹ Poco más de dos años después anuncia a Estrada la conclusión de esa página, aunque, por la manera en la que se refiere a su relación con los responsables del periódico, la cercanía de Reyes con ese órgano periodístico era bastante estrecha: “La página que hacía yo en *El Sol*, y que me incomodaba por no ser francamente literaria, hemos decidido suprimirla, aprovechando el pretexto del reposo dominical obligatorio para los periódicos. En adelante escribiré folletones (o folletines) sobre lo que me dé la gana”.²⁰

Sólo se conocen los artículos rescatados por don Alfonso de este periódico e incluidos posteriormente en sus obras

¹⁹ Véase *Con leal franqueza*, p. 46.

²⁰ *Ibidem*, p. 83. Las cursivas son mías.

completas, ya que la tónica general de la publicación era la omisión de autoría en la mayor parte de sus colaboraciones, ni siquiera se registraba un directorio en el que se especificaran los cargos más importantes dentro de la redacción del diario.

El gobierno de México subsidiaba, a través de su embajada, tanto al periódico *El Sol*, como a un representante encargado de la prensa en general con el fin de que informaran puntualmente de los asuntos mexicanos; el 7 de diciembre de 1921, Alfonso Reyes le consulta a Genaro Estrada al respecto: "Le ruego procure me pongan (si llego a quedar otra vez como encargado) una nota que diga más o menos que las quinientas pesetas que se pagan a la página de *El Sol* mensualmente se reduzcan a doscientas; y lo mismo para las quinientas que se pagan por servicios de prensa a Diógenes Ferrand".²¹ En febrero del año siguiente, Reyes rectifica su postura en virtud de que el periódico ha modificado también su política:

Hoy mismo estoy pensando en telegrafiar pidiendo instrucciones precisas sobre gastos de prensa y propaganda, pues *El Sol* ha tomado por su propia cuenta la página Iberoamericana que antes se publicaba en el mismo periódico por cuenta de un mal escritor peruano, y me escribe preguntándome si pueden seguirme pasando el recibo por quinientas pesetas.

Para 1925 Alfonso Reyes ya es en Europa una celebridad consagrada. Una crónica aparecida en *El Sol* del 19 de marzo de ese año así lo constata. Es la reseña de un banquete de honor que la *Revue de L'Amérique Latine* ofreció al escritor mexicano en París. A este banquete asistieron embajadores e intelectuales de todo el mundo hispánico; pronunciaron discursos el embajador del Brasil, el ministro de Ecuador, además de Robert Le Flers, periodista y comediógrafo francés, y, desde luego, el propio homenajead, cuyo discurso fue calificado como "magistral" por el cronista de *El Sol*.

²¹ *Ibidem*, p. 163.

Reyes es noticia en Madrid a pesar de no estar ya en tierra española; se le recuerda como “antiguo colaborador” del diario madrileño y entrañable amigo de poetas y eruditos españoles.

Dos meses más tarde, un nuevo banquete literario en el que participó de manera sobresaliente el entonces ministro de México en París fue motivo también de una puntual noticia en las páginas del periódico. Ese evento tuvo lugar en el contexto del Congreso de los Pen-Club (clubes de la pluma), veintidós en total, entre cuyos representantes se encontraban escritores de renombre internacional como Paul Valéry, Georges Duhamel, Luigi Pirandello, Miguel de Unamuno, James Joyce y, como representante de México, Alfonso Reyes —el más joven entre todas aquellas figuras consagradas— quien hizo ante los concurrentes una pajarita de papel, símbolo del Pen-Club mexicano y que dio nombre, además, a la revista salida de su seno.

Al año siguiente —1926—, el crítico E. Gómez Baquero comenta a tres columnas en las páginas de *El Sol* la *Ifigenia cruel* de Alfonso Reyes: “Escribir una *Ifigenia* después de Goethe, y sobre todo, después de Eurípides, no pertenece a los juegos de la poesía, sino a sus empresas, con todos sus riesgos y toda la emoción de la aventura”,²² apuntaba el articulista no sin agregar que Alfonso Reyes era “uno de los más selectos ingenios que nos ha mandado modernamente Méjico”.²³

Para el analista español, la obra de Reyes no desmerece frente al modelo clásico de Eurípides, a pesar de que se trata de una versión libre del modelo griego. Estas libertades, a decir del crítico, son afortunadas, pues dan “fisonomía propia” a esta nueva *Ifigenia*. Novedosa es, sin duda, la variante que consiste en que *Ifigenia* haya olvidado su pasado “como si hubiera nacido adulta ante los pies de piedra de

²² E. Gómez Baquero, “Antiguo y moderno. La *Ifigenia* de Reyes”, en *El Sol*, 4 de febrero de 1926, p. 1.

²³ *Idem*.

Artemisa”;²⁴ será en este caso a Orestes a quien corresponda la misión de ir despertando la memoria dormida de Ifigenia, lo que le otorga una considerable carga poética y psicológica a la obra. Pero quizá el mayor acierto está en el final que da el mexicano a su tragedia, cuando Ifigenia se niega a partir con Orestes para permanecer en esa tierra bárbara, con lo cual pretende conjurar a los hados maléficos a través de su propio sacrificio. La Ifigenia de Reyes, dice Gómez de Baquero, es “una amazona feroz de Artemisa, criatura misteriosa en quien luchan dos naturalezas: la de la sacrificadora sanguinaria, herencia de los Atridas, y la de la mujer que siente, a veces, una dulce nostalgia del hogar y de las dichas domésticas”.²⁵ Finalmente, el crítico enfoca su mirada hacia la forma, en la que reconoce una modernidad y una variedad métrica y rítmica en la que: “con menos don de musicalidad que el Marquina de *Vendimón*, Reyes puede jactarse de haber hecho poesía griega en castellano”.²⁶

Realmente el análisis de Gómez de Baquero es justo y ponderado, la suya es una lectura cuidadosa y prolija del texto de Reyes contrastado con el original de Eurípides; los aciertos y desaciertos que, según su criterio, contiene la obra, están expresados con objetividad y sin apasionamientos; acaso en ciertos momentos, como sucede en la cita anterior, aflora la casi inevitable tendencia a elevar a los autores peninsulares sobre los oriundos de las otrora colonias españolas; a pesar de ello, es seguro que este artículo puntual contribuyó a afincar el prestigio de Alfonso Reyes en el ánimo del público lector del socorrido diario madrileño.

El 23 de octubre de 1927 *El Sol* vuelve a incluir el nombre de Alfonso Reyes en sus páginas. Se reproduce íntegro un discurso que pronunció en el marco de un homenaje que le rindió en Buenos Aires la revista *Nosotros*. Destacan en ese

²⁴ *Idem.*

²⁵ *Idem.*

²⁶ *Idem.*

texto ciertas reflexiones íntimas de Reyes entregado por entonces al ejercicio de la diplomacia:

¿qué me arroja, qué me impele a esta vida que tiene tanto de vagabunda?, ¿qué fuerza, qué sed me lleva y trae en el torbellino de esta gitanería dorada de la diplomacia? Yo era hombre de libros, hombre para estudio recogido, para el retraimiento de las musas bibliotecarias. Pero el mundo no se estaba quieto: se oían gritos en la calle y ¡mal haya el que cierra sus puertas cuando alguien afuera, llora o ríe!²⁷

Este discurso es una impecable pieza retórica que ocupa dos columnas del diario de Madrid, que al darle tan amplia difusión, no sólo responde al afecto que inspira Alfonso Reyes en el contexto español, sino también a la presencia de México en las páginas del periódico, aunque esta última afirmación está matizada por el hecho —explicitado por el mismo Reyes durante su estancia en España— de que el gobierno mexicano aportaba cierta suma al periódico para insertar en sus páginas noticias sobre el país. De todas formas es innegable que Alfonso Reyes siempre era noticia de primer nivel dentro o fuera del territorio español.

Para 1931 el periódico *El Sol* agrega a su cabeza el subtítulo de “Diario independiente”. Félix Lorenzo es por entonces su director y José Cruz López el secretario del Consejo de Administración. En ese año histórico, que marca en el mes de abril el advenimiento de la Segunda República española, Ramón Gómez de la Serna, el famoso creador de las greguerías, se detiene en las páginas de *El Sol* para hablar de Alfonso Reyes.²⁸ Gómez de la Serna hermana su afición a los textos en los que el sentido juega a compactarse en el breve espacio de una disquisición al vuelo con lo que Reyes denomina “jitanjáfora”. Dice Gómez de la Serna que: “las escaramusas del presente son tan debeladoras que la imaginación

²⁷ “Alfonso Reyes en Buenos Aires. Una fiesta literaria y un discurso”, en *El Sol*, 23 de octubre de 1927, p. 2.

²⁸ Ramón Gómez de la Serna, “Meterse en jitanjáforas”, en *El Sol*, 8 de enero de 1931, p. 2.

ha de recurrir a sus refugios de consuelo”;²⁹ uno de esos refugios es la jitanjáfora, juego léxico y sonoro que envuelve en su torbellino ritual su capacidad significativa. “Nosotros que llevamos en nuestra sangre casidas y gongorismos hemos encontrado en la jitanjáfora un juego ideal en que florezcan nuestros aljonjolíes”, agrega el ilustre fundador de la tertulia del café Pombo. Sin duda Reyes está vivo y presente en el ánimo de la intelectualidad española; se le evoca con afecto, con respeto, se le mira incluso como “uno de los mejores espíritus del continente nuevo”.³⁰ Es interesante, sin embargo, observar cómo la crítica española necesita, para juzgar y entender la literatura latinoamericana, del espejo que la refleje siempre desde el modelo ibérico a pesar de que sean capaces de otorgarle cierta autonomía artística.

Con respecto a Alfonso Reyes, el tópico empleado es siempre el de la amistad entrañable que le une a la Península hasta darle carta de naturaleza en España.

Enrique Díez-Canedo, sin duda alguna el crítico español más cercano a los temas de América Latina y concretamente de México, hace un recorrido puntual por las páginas de *Monterrey* en las que el tema español está presente.³¹ Es como si España necesitara reafirmarse en esa visión americana fiel que la recuerda con afecto o con nostalgia, que la tiene como referente o como principio; necesidad o prurito de recomposición de lo propio a través de lo Otro que no pierde su condición filial y su mayor o menor dependencia de la cultura madre que lo prohijó. Incluso cuando se aborda un libro de Reyes, cuyo tema central es América como utopía,³² la parte comentada es únicamente la que se refiere a la historia española y a la influencia de América sobre el

²⁹ *Idem.*

³⁰ Anónimo, “La vida literaria. *Monterrey*”, en *El Sol*, 2 de agosto de 1931, p. 5.

³¹ Enrique Díez-Canedo, “El correo literario de Alfonso Reyes”, en *El Sol*, 9 de diciembre de 1931, p. 2.

³² Anónimo, “Ensayos. Alfonso Reyes. *América. Utopía*. Imprenta Nacional, Quito”, en *El Sol*, 16 de mayo de 1933, p. 2.

pensamiento europeo: “¿Quién entre los más nobles testigos del pensamiento europeo pudo escapar al espejismo de América?”.³³ El autor anónimo de la reseña termina su trabajo con la frase: “siempre se está en deuda con el autor de *El plano oblicuo*”; ¿cuál es la deuda con Alfonso Reyes? Creo que precisamente a través de él la cultura española tiene la posibilidad de verse en el doble escenario peninsular y americano; su conocimiento de ambos mundos le permite esta visión abarcadora y plural que los contiene a los dos.

El autor de una reseña sobre *Romances del río de enero* que sólo firma con una “P” ratifica el sentimiento general que inspira a los españoles el escritor mexicano: “No pasó ni pasará nunca Alfonso Reyes por España como un viajero, sino como un allegado a quien le atrae la familia vieja”.³⁴ En esta reseña, y tratándose de romances, no podrían faltar las alusiones a la copla popular española, además de que el texto elegido para ser comentado, e incluso transcrito, versa sobre santa Teresa, la monja viajera fundadora de conventos, a quien la sola presencia de Dios bastaba para amainar el espanto y la turbación:

Va tejiendo el empujado
Espada de lanzadera,
Enramada corretona
Luna de Santa Teresa

Copia con entusiasmo el reseñista, quien termina su nota ratificando la presencia siempre viva de Alfonso Reyes en el territorio español.

La tangible presencia del escritor neoleonés en tierra española se debe a dos factores principales: el primero tiene que ver directamente con el recuerdo grato que despierta el solo nombre de Reyes, casi irracional, intuitivo; el segundo se debe a la inquebrantable asiduidad del escritor que desde distintos puntos del planeta mantiene siempre abiertos esos

³³ *Idem.*

³⁴ *El Sol*, 16 de mayo de 1933, p. 2.

canales de comunicación que se establecen a través del texto literario. Con su literatura, Reyes alimenta su presencia.

Bajo la firma “S” un reseñista, que se ocupa en *El Sol* del libro *Tren de ondas*, utiliza el libro como un mero pretexto para hablar sobre los significados de la amistad; evoca, a partir de la voz que se adivina en la escritura siempre vital de Alfonso Reyes al hombre y al amigo; una especie de *exlibris* que acompaña a la publicación y que recuerda el contorno del Cerro de la Silla que viaja con el autor de la reseña hasta los sitios más insospechados: “hace unos meses hube de anotar con lápiz debajo del último cerro recibido: ‘Este cerro de Monterrey y de Alfonso Reyes ha caído al pie de las Pirámides, junto al Nilo’. Me había llevado la correspondencia recién recibida para leerla en el tranvía de Gizeh, Guisa, que dicen los cairotas”.³⁵ Estas son las rutas de Alfonso Reyes, esta su omnipresencia tanto en España como en América Latina, lograda a través del celo con el que el autor mantiene viva la memoria de pares y amigos por medio de cartas y envíos que establecen una firme y compleja red de convivencias.

³⁵ S. “Los libros. Ensayos. Alfonso Reyes. *Tren de ondas*. Oficinas Graphiccas. Riojaneiro”, *El Sol*, 25 de febrero de 1933, p. 2.